

El ciceroniano (o sobre el mejor estilo), Erasmo de Rotterdam. Edición de Manuel Mañas Núñez, Akal, Madrid, 2009 / *El ciceroniano (o Del mejor estilo de oratoria)*, Erasmo de Rotterdam. Edición de Fernando Romo Feito, Cátedra, Madrid, 2011.

María Belén CASTAÑÓN MORESCHI

El problema de la imitación de los modelos retóricos representa en el Renacimiento un intenso debate donde la cuestión principal remite a la elección entre la imitación exclusiva del mejor modelo, cuyo máximo exponente es Cicerón, o la imitación compuesta de varios autores. En este contexto, el ciceronianismo se impondrá con una fuerte influencia como el método óptimo de imitación para elevar al latín humanista a una dignidad semejante al latín clásico, de manera que la polémica con los defensores de la imitación compuesta, teniendo su origen en Italia, acabará ocupando a distinguidos humanistas de toda Europa.

En este clima de disputas es donde debemos encuadrar la publicación en Basilea en 1528 del diálogo *Ciceronianus, sive, De optimo dicendi genere* de Erasmo de Rotterdam, donde el humanista presentará su postura ecléctica sobre la imitación, cuya repercusión será lo suficientemente amplia como para suscitar un encendido debate sobre el ciceronianismo, en el que una cuestión literaria, retórica y estética acaba adquiriendo connotaciones religiosas. Así pues, pese a que la temática general del diálogo remite a una cuestión de orden retórico y estético (centrada en la crítica a la noción de imitación simple de Cicerón), ésta se encuentra mediada por una lectura religiosa del ciceronianismo. Pues al ocaso de las *bonae litterae*, tal y como señala Erasmo en la carta a Johann von Vlaten de 1527, se le suma como agravante el nacimiento de una nueva secta, cuyos integrantes se hacen llamar ciceronianos, quienes bajo el pretexto de imitar a Marco Tulio, esconden la intención de convertirse en paganos en vez de cristianos.

En cuanto a las ediciones de la obra que aquí nos ocupa, su publicación en un reducido lapso de tiempo pone de manifiesto la importancia capital de este escrito como compendio de los distintos argumentos sobre la imitación en el siglo XVI, de modo que viene a suplir una carencia importante en la traducción al español de la obra erasmiana, tratándose de las dos primeras traducciones íntegras a nuestra lengua de dicho diálogo. La

primera de ellas, a cargo de Manuel Mañas Núñez, presenta un completo estudio preliminar donde, además de un análisis del diálogo, se nos ofrece un recorrido histórico del ciceronianismo, tanto por lo que se refiere a sus orígenes como por la recepción crítica del escrito erasmiano. Además, esta edición incluye dos cartas de Erasmo a Johann von Vlaten, una anterior y otra posterior a la publicación del escrito, que ofrecen una valiosa clave de lectura sobre la postura de Erasmo en este debate. La segunda edición, al cuidado de Fernando Romo Feito, incluye también una introducción que proporciona la ventaja de presentar de manera breve, pero no por ello menos rigurosa, el contexto en el cual irrumpe la publicación del diálogo erasmiano.

La estructura del diálogo se divide en tres grandes temáticas encaminadas a refutar la noción de imitación simple defendida por el ciceronianismo, para lo cual Erasmo se sirve de la ironía como herramienta fundamental. Nos encontramos, en primer lugar, con una aguda caricatura de los rasgos del personaje ciceroniano; en segundo lugar, con una argumentación en contra de la posibilidad de tomar a Cicerón como único modelo de imitación; y en tercer lugar, con un recorrido desde los autores clásicos a los contemporáneos, con el objeto de hallar entre ellos a quien pueda corresponder el dignísimo nombre de ciceroniano. De este modo, la forma dialógica permite a Erasmo reproducir las distintas posturas que en el ambiente de debate sobre la imitación podrían adoptarse, que quedarán ejemplificadas en los tres personajes del coloquio: Buléforo, cuyo nombre etimológicamente significa "el portador del buen sentido", que defiende la imitación compuesta y cuya postura anticiceroniana se identifica con la de Erasmo; Nosópono, que significa "el que está enfermo de tanto trabajar", que ilustra el modelo ciceroniano de imitación simple y en quien se ha querido ver la postura de Cristhophe de Longueil; e Hipólogo "el que habla bajo o poco" como personaje intermedio que acaba apoyando la postura erasmiana.

El coloquio se inicia con la sorpresa de Buléforo e Hipólogo ante el encuentro con Nosópono, quien se encuentra afectado por un tipo nuevo de enfermedad localizada en lo más profundo de su alma y que en griego se denomina bajo el nombre de *zelodulia* (afán por ser esclavo). Nosópono pretende conquistar a la divinidad griega *Peithó*, con lo que, lejos de dedicarse a cualquier ninfa de la elocuencia, se afana exclusivamente por la elocuencia ciceroniana. De este modo se inicia la caricatura de los rasgos ciceronianos, de manera que Nosópono, inducido por Buléforo e Hipólogo, quienes fingen en el inicio ser

ciceronianos, va relantando el método óptimo para alcanzar el nombre de ciceroniano: el que no lee otra cosa que no sea Cicerón, a quien considera el dios de la elocuencia, y se dedica a imitarlo fervientemente en silencioso retiro y alejado de las pasiones, procurando incluso no hablar en latín para no contaminar la lengua sagrada con historias vulgares. Además, se ejercita en la confección de tres volúmenes que le ayudan en esta tarea: un exhaustivo léxico ciceroniano; un segundo volumen con todos los giros lingüísticos presentes en la obra de Cicerón; y un tercero con los distintos pies métricos. De esta manera, Erasmo nos presenta a este personaje como un ciceroniano enfermizo por la imitación de Marco Tulio, pues "no será ciceroniano el autor en cuyos libros se encuentre alguna expresión, aunque sea una sola, que no pueda él documentarla en las obras de Cicerón" (p.74)¹.

A continuación, comienza la discusión sobre el modelo ciceroniano donde Buléforo introduce distintos argumentos, con matices tanto propiamente literarios como religiosos, en contra de la imitación simple de Cicerón. En este cuestionamiento de los principios mismos del ciceronianismo, Buléforo señala la insalvable dificultad que supone considerar toda la obra de Marco Tulio como susceptible de ser imitada: "¿Cómo, por tanto, podremos imitarlo todo entero y en toda su magnitud, si nos ha llegado mutilado e incompleto y, en algunas partes, tosco y desemejante a sí mismo? Salvo que quizás vayas a aprobar a aquel que, imitando los cuadros apenas esbozados de Apeles o las estatuas sin pulir de Lisipo, albergue la esperanza de llegar a convertirse en un segundo Apeles o Lisipo"(p. 88-89).

En este contexto de crítica, cobra especial relevancia la noción de adecuación (*decorum*) como un principio fundamental de la retórica que está ausente en el ciceronianismo que representa Nosópono, de modo que esos autores, como meros "simios de imitación", se limitan a reproducir simples copias de Cicerón. Únicamente abordan temas que fueron tratados por Cicerón y con su vocabulario, sin reparar en el hecho de que para ser ciceroniano es necesario ser capaz de abordar los temas de la actualidad con la misma elocuencia que Cicerón demostraba en los de su época: "¿de qué me servirá la elocuencia de Cicerón, si él ignoraba los temas sobre los que tengo que hablar al tiempo que tampoco le pudieron ser familiares las palabras nuevas que nacieron después de él para tratar asuntos nuevos? ¿Acaso no será un orador frío quien, para

¹ La traducción de los pasajes citados corresponde a la edición de Manuel Mañas Núñez.

hablar de estos temas, una cosiendo, por así decir, los paños arrancados a Cicerón?" (p.109).

Frente a la postura ciceroniana, Erasmo presenta la necesidad de adecuar los discursos a las circunstancias, a las personas y a los temas, de tal manera que su noción de imitación se rige por el principio de adecuación, presentándola no como una simple copia del modelo, sino como una imitación de las mejores virtudes de distintos modelos. Especialmente relevante resulta la crítica de Erasmo al hecho de que, desde esa defensa intransigente de la imitación simple, se derivan excesos como tratar con léxico ciceroniano cuestiones cristianas: "¿A dónde se dirigirá entonces el supersticioso ciceroniano? ¿Acaso empleará la expresión *Júpiter Óptimo Máximo* para el padre de Cristo, empleará *Apolo* o *Esculapio* para el Hijo, empleará *Diana* para la reina de las vírgenes, *asamblea*, *ciudad* o *república cristiana* para la Iglesia, *enemigo público* para el pagano, *facción* para la herejía?" (p.114).

Por último, una vez concluído el debate sobre los argumentos fundamentales en torno a la imitación, Erasmo nos presenta un catálogo en el que incluye desde autores clásicos hasta los contemporáneos, donde rechazará para éstos la verdadera condición de "ciceroniano" mediante brevísimas descripciones de los distintos perfiles. Así pues, el diálogo concluye con la imposibilidad de considerar en sentido estricto a cualquiera de todos los candidatos como ciceroniano y con una exhortación a la emulación de los antiguos sobre la base de la imitación compuesta: "Quiero también que Marco Tulio constituya en esta parte de los estudios el principal y primer pilar, pero no el único, y creo que no sólo hay que seguir su estela, sino también imitarla e incluso emularla. En efecto, quien le sigue, anda tras huellas ajenas y es esclavo del modelo. Mas ya se ha dicho que quien pone el pie en huella ajena no puede caminar bien" (p.175).

En definitiva, mediante la traducción a nuestra lengua de este escrito se nos proporciona una excelente oportunidad no sólo para ahondar en el estudio del papel que Erasmo otorga al problema del latín clásico y su compatibilidad con los textos cristianos, sino también como un escrito fundamental en torno al debate sobre la imitación en el Renacimiento por la agitada polémica que suscitan en toda Europa tanto los argumentos por él esgrimidos en contra del ciceronianismo, como las caracterizaciones de sus contemporáneos realizadas en la tercera parte del diálogo.